

## RECENSIONES

ENRIQUE RUIZ GARCÍA: *América Latina hoy. Anatomía de una revolución*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971. Dos vols; 387 y 363 pp.

Desde hace algún tiempo viene siendo evidente que los dobles problemas del subdesarrollo y de los esfuerzos de las conmociones locales que se alzan contra las causas de dicho subdesarrollo vienen constituyendo repertorios de temas vivos dentro de la problemática común de los países iberoamericanos. También resulta evidente la realidad de que los exagerados desniveles entre las máximas posibilidades y las realidades insuficientes de los desarrollos en las naciones y los pueblos americanos de lenguas española y lusitana son un acicate para la extensión de la inquietud. En los sectores hispánicos del Nuevo Mundo las antiguas posiciones que los presentaban como abiertos a todas las esperanzas (incluso las de las oleadas inmigratorias que hasta allí llegaban desde España, Italia, el Cercano Oriente, etc.) tienden ahora a invertir aquellas posiciones. Así ahora son con frecuencia decepciones de interrupción o frustración.

Uno de los mayores factores del desequilibrio actual está constituido por la que se ha llamado «explosión» del crecimiento demográfico, que es el más rápido e intenso de todo el mundo. Sin embargo, dicha explosión no tiene un significado total por sí misma, sino que viene a ser el terreno de prueba donde todos los demás grandes problemas de los desarrollos y reajustes iberoamericanos contrastan, se mezclan, chocan y tienden a buscar soluciones comunes.

El libro *América Latina hoy. Anatomía de una revolución* coloca el problema de la explosión demográfica a la cabecera de sus capítulos y repertorios de temas. Enrique Ruiz García, tomando como punto de partida algunas experiencias personales, recogidas por él en Caracas y Bogotá, subraya la frase de un ministro de Agricultura colombiano, el cual le dijo: «Todos nuestros planes de desarrollo están en el aire a consecuencia del rapidísimo crecimiento de la población.» El crecimiento y la afluencia continua de nuevas generaciones y promociones juveniles va mucho más de prisa que las planificaciones de desarrollo, y además no cabe en unas estructuras estatales muchas veces mediatizadas.

El sociólogo brasileño Josué de Castro, que prologa el referido libro, define al conjunto que él cita con el nombre de América Latina, como el contraste de algo que al mismo tiempo es «exangüe y rebosante»; como un continente en formación que produce inquietud y suscita esperanza. Por su parte, Enrique Ruiz García dice que en esa América Latina «estamos ante un universo de juventudes, un universo agitado y tenso». La politización y el adoctrinamiento comienza en los institutos de educación media... Las escuelas y universidades son focos públicos, donde el saber y el entender se tensan con las resonancias de lo que ocurre afuera, de lo que sucede en las calles y la política.

## RECENSIONES

Por otra parte, es un motivo de presión constante el que los crecimientos de las poblaciones, en cantidad de lo humano y calidad de su acción en la vida pública, pocas veces van unidos a la solidez de las estructuras estatales (tantas veces sometidas a presiones extranjeras o extranjerizantes). Lo mismo ocurre en el terreno económico-social, por lo cual las readaptaciones de las masas crecientes son más angustiosas al tener que luchar a la vez en los dos sectores internos y externos.

La obra de Enrique Ruiz García se presenta como un ensayo total sobre las esencias político-sociológicas de toda la región americana central y meridional. Recoge lo más característico de sus actuales problemas y muestra todas las futuras posibilidades de sus máximas perspectivas. Para ello ha utilizado una extensa documentación puesta al día sobre el conjunto de las materias estudiadas. Esta obra ha nacido de otra anterior más limitada; pero la actual versión tiene varios extensos estudios nuevos, como los que dedica a las revoluciones de Cuba, Chile y el Perú.

En la primera parte, consagrada a la referida explosión demográfica, se trata de la historia y perspectiva total del desarrollo de la población; el detalle por zonas y países; la situación de la actual población aborigen; las consideraciones sobre la población negra; los casos especiales de Méjico y Brasil, de Chile, Venezuela y la Argentina.

La segunda parte toma como punto de partida los antecedentes históricos de las luchas de clases y de sectores raciales en el tiempo de la insurgencia y la independencia. También los papeles de criollos y peninsulares en la pugna social del cambio; la fuerza social de la independencia; los intentos de independencia dentro de una integración, y la dialéctica de las guerras populares después de la desarticulación del orden colonial.

La tercera parte se refiere al origen de la estructura de la propiedad y su situación, país por país, hasta los casos «explosivos y polémicos» de Perú, Bolivia, etc. Hay una cuarta parte dedicada a la revolución mejicana y una quinta sobre la revolución cubana.

Después se van tratando los conflictos del exceso desarrollo urbano y la desorganización social; de los partidos y sus idearios (sobre todo los reformistas y los revolucionarios); de las inversiones extranjeras; de las relaciones de los ejércitos con los golpes de Estado; las diversas actitudes de la Iglesia; los problemas de la industrialización y los de la educación.

Dentro del apartado dedicado a los partidos y las ideas se encuentran exactamente expuestas y claramente resumidas las líneas fundamentales y características de los impulsos y los programas nacionalistas desde las independencias. Un hecho básico es el de que dichas independencias no comenzasen como resistencias contra lo español peninsular, sino como reacciones contrarias al absolutismo que Fernando VII mostró al regresar a Madrid desde Francia, después de la guerra de la Independencia española contra Napoleón. Enrique Ruiz García recuerda oportunamente que las decisiones represivas adoptadas en la América española al producirse la restauración de Fernando VII no se diferenciaron en su estricto sentido de las incorporadas funcionalmente a la vida política de la España peninsular «y que iban a deparar un dramático siglo XIX» a los mismos peninsulares. Cuando Fernando VII invalidó la obra de las Cortes de Cádiz, precipitó la separación como solución única para los criollos.

El resto del siglo XIX siguió siendo determinado por los paulatinos intentos de adaptación de los criollos mismos a unos nuevos regímenes basados en las hegemonías de unas reducidas clases burguesas locales de propietarios de haciendas, ranchos, estancias y plantaciones. Pero en las grandes ciudades los otros sectores burgueses convivían con las oligarquías y aceptaban el paralelismo de la existencia de dos sociedades distintas. Eran

## RECENSIONES

dos sociedades de las cuales «la más amplia y popular estaba secuestrada y alejada en ocasiones de la política, de la economía monetaria y de la economía de mercados». Sólo en el siglo actual, y hacia los años veinte y treinta, varios procesos como el de la industrialización y los crecimientos urbanos facilitaron el acceso de las masas a la vida pública y al sindicalismo, a la vez que iban surgiendo partidos nacionalistas de formas populistas. Después de la segunda guerra mundial otra etapa ha dado origen a los cambios dentro de los populismos y al nacer de los revolucionarismos más radicales.

El libro de Enrique Ruíz García detalla, dentro de los populismos, al APRA peruano, el getulismo brasileño, el peronismo argentino, etc. Luego se ocupa de los sectores democristianos, los marxistas y, por fin, el guevarismo. Sin olvidar las formas confusas del mejicano PRI (Partido Revolucionario Institucional), que no condujo su revolución nacional hasta lo que pudieran haber sido sus términos lógicos.

En resumen: el libro referente a la anatomía de la revolución en la América doblemente designada como latina e hispánica permite un enfoque claro y completo de los orígenes de los hechos y de sus futuros desarrollos. Aunque puedan ser discutibles o variables los juicios sobre categorías y valorizaciones. Es además el análisis de un mundo que necesita de los cambios como su razón de ser, pero que sigue encontrando para esos cambios muchas fuerzas sociales que son frenos de resistencia. El análisis de las posibilidades de superación ha de ponerse entre tanto al servicio de un deseo de objetividad, que en este libro es evidente.

RODOLFO GIL BENUMEYA

Z. ROMANOVA: *El laboratorio USA del neocolonialismo*. Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti. Moscú, 1970; 130 pp.

En torno del tema del neocolonialismo se han dejado sentir las voces más autorizadas. Todas, en efecto, coinciden en calificarlo como uno de los más graves peligros que atentan contra la auténtica libertad de los pueblos. Resulta curioso el advertir la gran preocupación que embarga la mente de los políticos, sociólogos y pensadores más encumbrados sobre el concepto de libertad, independencia, poder de decisión, autonomía, etcétera. Hoy más que nunca—cosa que ya se ha repetido hasta la saciedad—el problema más importante que tienen planteado los países que ya son políticamente independientes consiste especialmente en conseguir una total y auténtica independencia nacional. Justamente, el artículo 13 de la Carta de Organización de los Estados Americanos subraya que «cada Estado tiene el derecho a desenvolver libre y espontáneamente su vida cultural, política y económica. En este libre desenvolvimiento el Estado respetará los derechos de la persona humana y los principios de la moral universal». Por todas partes, sin embargo, parece existir un clima de inquietud, de sobresalto, de desconfianza absoluta. En diversas reuniones, conferencias o congresos celebrados expresamente para desvelar las causas de ese extraño clima que impera en ciertos sectores de la vida internacional se ha señalado que, a pesar de todo, muchos pueblos siguen careciendo de auténtico poder de decisión. Para atenuar los efectos de la posible intimidación, que impide a determinados Estados el proceder con plena autoridad, se han llevado a cabo importantes campañas en favor de la autonomía de las jóvenes naciones. Se han creado sugestivos principios fundamentales del derecho que en el futuro ha de regir las relaciones internacionales. Esas normas jurídicas recientemente puestas en juego son, debido a la belleza y humanidad de su contenido doctrinal, auténticamente utópi-

cas. Todas esas normas, sin excepción, nos hablan de asegurar al hombre, en cualquier parte del mundo, el trabajo, la paz, la libertad y la justicia; es decir, tienden a que el hombre desarrolle su existencia con el máximo de dignidad humana posible y al mismo tiempo a que los pueblos cumplan su destino histórico en un clima de absoluta concordia. Ahora bien, a poco que se profundice, nos es dado apreciar que muchos pueblos, ubicados en el área de América Latina, Asia y el Africa negra, no son todo lo libres que fuese de desear. La plaga de la dominación sigue en pie bajo otra expresión: el neocolonialismo. Consecuentemente, como ha señalado un prestigioso líder político contemporáneo, la fórmula «ayuda y asistencia» reemplaza en la fraseología imperialista el viejo *slogan* «misión civilizadora». En efecto, se propone a muchos jóvenes Estados acuerdos económicos, políticos y sociales que, en realidad, no son sino pactos coloniales revisados.

El neocolonialismo, pues, existe. Y no es esto lo más grave. Lo sorprendente es que es preciso que exista para que determinados pueblos puedan experimentar cierta promoción. Así, por ejemplo—como alguien ha subrayado—, sin aceptar ni aprobar de ninguna manera las desviaciones y los abusos a los que la asistencia extranjera puede dar lugar, los moderados representantes de muchos de los países que han irrumpido en la esfera de las relaciones internacionales en los últimos años reconocen que sus países no pueden prescindir de ella. Pedir la ayuda extranjera demuestra, quíerese o no, una gran lucidez, revela también una actitud normal; pero, como en muchos dominios de la vida, es un mal necesario. Si el denunciar el menor indicio de ambiciones en las ofertas de una potencia extranjera demuestra una gran lucidez, revela también una actitud negativa y, a la larga, paralizadora. Esperar ayudas totalmente desinteresadas equivale para un país escoger el aislamiento, el retiro; significa, en fin, renunciar a la vida. Existen—nos ha dicho un prestigioso observador político—obsesiones creadoras. Pero la que consiste en no ver sino atentados neocolonialistas en cada esfuerzo de uno u otro de los dos universos para reducir la miseria del tercer mundo y abrirle los caminos del desarrollo; la que consiste en tachar toda proposición de intenciones dominadoras o de recuperación colonial es sencillamente arruinadora.

Como el lector de estas páginas puede suponer, el libro que suscita nuestro comentario crítico constituye un ataque directo, despiadado y subversivo en torno de la política de ayuda económica de los Estados Unidos. El autor apenas si se muestra interesado por exponer una definición o determinar los principios esenciales que caracterizan al neocolonialismo. No sin cierta urgencia señala que todo un conjunto de medidas socioeconómicas, políticas, ideológicas y militares, destinadas a subyugar los países liberados, es lo esencial del neocolonialismo. La causa central que produce el movimiento neocolonialista hay—según el autor de estas páginas—que buscarla en el imperialismo. Y, consecuentemente, la médula del imperialismo consiste en que, sean cuales sean sus actividades de carácter económico o de política exterior, persigue, ante todo, su propio interés. El nacimiento del neocolonialismo no encierra complejidad alguna, a saber: el imperialismo, en las condiciones actuales, se ve obligado a prescindir del colonialismo directo y abierto, lo que ocurre, a propósito, independientemente de su voluntad, es porque aspira lograr sus objetivos con medios más adecuados a las condiciones actuales. Ante el auge de la lucha liberadora, el imperialismo opta por formas más flexibles y veladas de esclavización de otros países y pueblos.

En opinión de Z. Romanova, el neocolonialismo, aunque se presenta como un movimiento recién nacido—movimiento que atenaza a la mayoría de los países afroasiáticos—, tiene, sin embargo, muy hondas raíces, puesto que el neocolonialismo estuvo incubando sus métodos durante un largo período de tiempo. Son, nos advierte, bien conocidos en los países de América latina que consiguieron su independencia política

ya en los años veinte del siglo pasado. Desde entonces, ni un solo país de América latina, por abundantes que sean sus riquezas naturales y sus recursos humanos y por muy profusamente que utilizara la «ayuda» extranjera imperialista, logró convertirse en una potencia industrial desarrollada.

El autor, en cierto modo —para hacer justicia histórica—, considera que corresponde a Inglaterra la gloria de la expansión colonialista. El surgimiento del capitalismo en Europa está inseparablemente ligado con la formación de dominios coloniales en América del Norte por Inglaterra en el siglo xvii. Estas colonias, que existían en el territorio de los actuales Estados Unidos de Norteamérica, fueron una de las fuentes principales de riqueza y poderío de Gran Bretaña, que se convirtió en el taller industrial del mundo y en la reina de los mares. Cuando dichas colonias lograron la independencia política, ante la diplomacia inglesa, que había acumulado una gran experiencia del juego político, se planteó el problema de elaborar una nueva estrategia y una nueva táctica. Con las armas ya no se podían conservar los privilegios económicos y políticos en el hemisferio occidental, donde los vientos de la lucha liberadora extirpaban las raíces del yugo extranjero. Mantener las tropas coloniales era demasiada carga para el erario inglés. Hacían falta nuevos métodos de subyugación, más flexibles, más baratos y, al mismo tiempo, eficaces, que ayudasen a mantener el poderío británico. En efecto, los políticos ingleses de la época crearon la fórmula genial: los empréstitos y el comercio. El comercio, nos dice el autor de estas páginas, constituyó el ariete que quebró los principios del dominio español. Los negociantes ingleses, que habían proclamado la divisa de «comercio libre», comenzaron a utilizar ampliamente a América Latina como mercado de venta de su producción. No es, pues, casual que Walter Rally, el heraldo del fortalecido capital inglés, dijera: «El que gobierne el comercio del mundo, gobernará sus riquezas y, en definitiva, todo el mundo.»

Hojeando, escribe Z. Romanova, las primeras páginas de la historia económica de América Latina, examinando las formas y métodos de la penetración originaria extranjera, pueden señalarse muchos rasgos inherentes al neocolonialismo norteamericano actual. El primer portador del neocolonialismo, como queda dicho, en América Latina fue Inglaterra. El esquema de su política económica allí era el siguiente: el comercio exterior, empréstitos, construcción de ferrocarriles, exportación de capital privado. Este mismo esquema, utilizando la probada experiencia de su antecesor, emplearon más tarde con algunas modificaciones los Estados Unidos.

Cabe, pues, preguntarse: ¿Cuál es la característica que nos permite diferenciar a una y otra clase de neocolonialismo? Para el autor de estas páginas la diferencia entre el neocolonialismo inglés y el norteamericano consistía en que Inglaterra necesitaba fundamentalmente víveres y quería reducir a los países de América Latina a la condición de apéndice agrario. Por eso, en primer lugar, prestaba la atención a Argentina, Uruguay y Brasil, países más próximos al mercado inglés y de excelentes condiciones naturales para la agricultura. Los Estados Unidos, por el contrario, producían víveres en cantidad suficiente e incluso exportaban. A diferencia de Inglaterra, lo que necesitaban eran materias primas industriales y combustible. Por eso los Estados Unidos, en su expansión económica originaria, daban preferencia a los países ricos en minerales —Méjico, Venezuela, Chile, Perú—. Esta es, en esencia, la diferencia de la táctica entre el neocolonialismo inglés y norteamericano.

Para el autor del libro que comentamos no ofrece lá menor duda el hecho de que, quírase o no, la estructura neocolonialista adoptada por los Estados Unidos es mucho más original y profunda que la que, en su momento, adoptaron los ingleses. Efectivamente —escribe—, analizando las particularidades del imperialismo norteamericano, Lenin señalaba que los Estados Unidos «saquean a todos y lo hacen de una

manera muy original. Norteamérica no tiene colonias». Justamente, la particularidad de la política exterior de los Estados Unidos consistía en no estar ligada con las colonias. Desde hace mucho tiempo los Estados Unidos preferían crear, con ayuda del colonialismo económico, «un imperio invisible». América Latina, afirma Z. Romanova, era su núcleo.

En todo caso, se nos dice en estas páginas, los Estados Unidos repitieron en mucho el camino recorrido por los neocolonizadores ingleses, pero sobre una base imperialista nueva. Mientras Inglaterra ensayaba el neocolonialismo en América Latina, los Estados Unidos estaban ocupados con sus propios problemas y con la colonización interior. Para el autor de este libro es claro que la aurora del imperialismo, en los límites de los siglos XIX y XX, marcó una intensa activación de los Estados Unidos en América Latina. A ese período se refiere la amplia aplicación de los métodos neocolonialistas cuando los Estados Unidos se enfrentaron, por una parte, con un creciente movimiento de liberación nacional en las ex colonias españolas, y, por otra, con el espíritu antiimperialista del pueblo norteamericano. La era del neocolonialismo de los Estados Unidos comenzó en el Caribe.

¿Cuál es el mayor peligro que encierra el neocolonialismo? La pregunta, en cierto modo, queda contestada en las primeras líneas de nuestro comentario crítico. Sin embargo, siguiendo la tesis defendida por Z. Romanova, tenemos que, efectivamente, el peligro especial del neocolonialismo consiste en la «posición de fuerza» del capital extranjero en la esfera económica, o sea, precisamente allí donde los países en desarrollo se plantean la tarea más difícil: la conquista de la independencia económica.

Teniendo, pues, bien a la vista la afirmación que antecede, comprenderemos fácilmente la razón por la que el autor de estas páginas considera que América Latina constituye para los Estados Unidos el inmejorable campo de experimentación de todos los métodos neocolonialistas, puesto que, como es bien sabido, se trata de un núcleo de países que todavía ninguno de ellos ha podido alzar, por sí mismo, el vuelo hacia las altas regiones de una economía saneada, firme, esperanzadora. América Latina, subraya el autor de estas páginas, siempre ocupó un puesto importante en la estrategia económica y política de los Estados Unidos. El incremento de la lucha por la independencia económica en el continente y el acrecido interés hacia América Latina por parte de las antiguas metrópolis de Europa occidental que perdieron sus dominios coloniales obligan a los Estados Unidos a prestar mayor atención al continente en ebullición, no tanto por lo que se refiere a la parte cuantitativa de penetración en la economía de éste como a la cualitativa.

En las páginas centrales de la obra que ocupa nuestra atención se nos dice que la historia de América Latina es la historia de una intensiva lucha interimperialista por las esferas de influencia, por las fuentes de materias primas y mercados lucrativos. La lucha interimperialista en las condiciones de la industrialización conduce a la desnacionalización sucesiva de la industria latinoamericana. Las inversiones se hacen en las ramas que interesan a los inversionistas extranjeros y que no siempre tienen importancia para América Latina. Por otra parte, señala Z. Romanova, contribuye poderosamente a la agudización de las contradicciones interimperialistas el desarrollo de la industrialización en América Latina y el hecho de que Estados Unidos presten su atención fundamental no a la industria extractiva, sino a la transformadora, que es más ventajosa y prometedora.

No podía faltar en este libro, no es preciso subrayar la causa, una detenida meditación en torno de la célebre «Alianza para el Progreso». Por lo pronto, el autor de estas páginas la califica de «nuevo eslabón en la historia del neocolonialismo». «La alianza para el progreso —escribe Z. Romanova— fue jaleada en Washington como

## RECENSIONES

el medio más eficaz para sacar del estancamiento económico a los países latinoamericanos». Se habló y escribió mucho sobre el progreso técnico, social y cultural. Cuando el incienso de los informes se disipó, resultó que América Latina podía sacar muy poco del «nuevo rumbo» de los Estados Unidos. Según el autor de estas páginas, la «Alianza» hoy no satisface a casi nadie: en medida considerable se desarrolla por inercia. Disociarla en la actualidad significaría manifestar públicamente su bancarrota. Es significativo que en Estados Unidos cada vez es mayor el número de ideólogos de la «Alianza» descontentos con las palabras del programa como «nacionalización», «reforma agraria», «sector estatal», «sistema fiscal progresivo». Los puntos fundamentales de la «Alianza» no fueron cumplidos, ya que USA, subraya el autor, nunca se planteó seriamente tal tarea. La «Alianza», en su opinión, les era necesaria para rechazar la creciente ola revolucionaria y estabilizar, en cierta medida, la situación en el continente. Y esto, reconoce Z. Romanova, fue logrado en parte. Las amplias relaciones económicas, financieras y comerciales entre las corporaciones de los Estados Unidos y la gran burguesía latinoamericana hacen que, a pesar de las viejas contradicciones y el surgimiento de nuevas, a menudo se manifiestan de acuerdo en muchos problemas socioeconómicos. Realizan una política muy similar para debilitar el papel de control y regulación del Estado, atenuar la orientación antimonopolista del sector estatal y utilizarlo en interés propio.

La penetración económica, se nos dice finalmente, de los Estados Unidos en América Latina atestigua lo complicado de la estructura y la lucha social en el continente. El neocolonialismo puede compararse, piensa el autor de esta obra, con un *iceberg* cuyas nueve décimas partes están sumergidas y sólo una décima parte es visible. La suma de las inversiones privadas directas de los Estados Unidos declarada por los monopolios y publicada anualmente por el Ministerio de Comercio de los Estados Unidos, la exportación de capital estatal, el sistema de acuerdos comerciales, financieros y militares interestatales es la parte insumergida. La parte inmersa, la parte invisible del *iceberg* neocolonialista es todo un complejo económico, político, militar, social del neocolonialismo, minuciosamente camuflado por los nuevos conquistadores. A éstos se refiere —subraya Z. Romanova— no solamente los verdaderos márgenes de la exportación de capital privado, que celosamente ocultan los que la realizan, sino, ante todo, el amplio, ramificado y variado sistema de vínculos con la burguesía criolla, la cual se convierte imperceptiblemente en un portavoz de la política del *business* norteamericano.

En las últimas páginas de su libro, Z. Romanova hace hincapié en la lucha ideológica que los Estados Unidos mantienen en las naciones que componen América Latina. En efecto, escribe, en la actualidad América Latina sufre una verdadera invasión ideológica por parte de los Estados Unidos. Al tiempo que crecen las inversiones en las esferas fundamentales de la economía, las compañías norteamericanas penetran profundamente en la vida espiritual de los países latinoamericanos. Sobre América Latina se han vertido las ideas del «capitalismo popular», de la «democracia industrial», de «conciliación social». A lo largo del último decenio, en los Estados Unidos se organizó la producción en cadena de diversos mitos llamados a enmascarar la naturaleza explotadora del imperialismo norteamericano dentro del país y en la arena internacional. Al mercado bibliográfico de América Latina llegan inteligentes tratados en cantidades abundantes, donde se afirma que el capitalismo moderno norteamericano no es capitalismo, sino algo completamente nuevo, un «capitalismo popular», en el que la propiedad «está repartida», el capital «democratizado» y los ingresos, «iguales» y las clases y sus contradicciones desaparecen. En conclusión, acaba señalando el autor de este libro, la influencia política y espiritual sobre las masas trabajadoras

## RECENSIONES

es una de las condiciones fundamentales de existencia del sistema capitalista en general y del neocolonialismo en particular. Para mantener su dominio económico, el capital de los Estados Unidos practica una intervención ideológica tanto entre la burguesía y los empresarios latinoamericanos como entre los trabajadores, y, en primer lugar, entre los sindicatos. La intervención ideológica se realiza en toda la línea.

Sin embargo, el panorama que se describe en estas páginas queda desvirtuado si, por ejemplo, tomamos la reflexión expuesta recientemente por el escritor John Gerassi, que, efectivamente, señala en uno de sus libros (1) que «a la mayoría de los norteamericanos les parece injusto el odio que nos tienen, tanto a los ciudadanos como a nuestro Gobierno, en toda América Latina. Les enviamos técnicos, les construimos fábricas, casas, carreteras, puentes, etc., y, consiguientemente, cuanto más les damos, más nos odian». Esta opinión es lo suficientemente elocuente para no tener que rebatir las tesis que sustenta el autor de este inquieto, denso y hostil trabajo. En efecto, las mismas carecen de fundamento, de lógica, de autenticidad.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

LUIS SÁEZ DE GOVANTES: *El africanismo español*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1971. 236 pp.

Es indudable la realidad de que entre el último tercio del pasado siglo XIX y el primer tercio del siglo actual el pensamiento y la acción de España, al proyectarse y ejercerse sobre diversos territorios conocidos como «africanos», alcanzaron momentos de máxima intensidad, tanto en la teoría como en la práctica. También resulta cierto que en una etapa posterior, hasta 1969, lo africanista ideológico y sus aspectos oficiales perdieron rápidamente vigencia; sobre todo al reducirse las superficies donde se aplicaba todo ello directamente. Aunque no perdieron vigencia como constante realidad acuciante las necesidades de seguir enfocando con atención preferente todo lo que hay al sur del estrecho de Gibraltar, y hasta las zonas tropicales. Existe desde luego una historia brillante del africanismo español; sobre todo desde 1882-1885 y hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero eso no significa que lo hispano-africano se haya convertido o pueda convertirse en algo que sólo sea «Historia» en sentido retrospectivo. Porque siempre existen factores geopolíticos invariables, como el de la absoluta identidad geográfica entre la tierra ibérica andaluza y su «acera de enfrente».

En el libro *El africanismo español*, de Luis Sáez de Govantes, se expone y subraya la realidad fundamental de que dicho africanismo se basa en la sustancia permanente y no en los accidentes pasajeros. El autor comienza por decir: «Lo importante de nuestro africanismo es el significado y su esencia indudable.» El libro busca sobre todo la explicación del porqué y el para qué en las ideas y en los hechos. Con una doble proyección nacional e internacional trata de justificar la política africana española contemporánea; con sus obstáculos, sus aciertos, sus errores, sus pausas de indiferencia, su retorno al interés y lo vital de sus necesidades.

Sobre el autor ha de tenerse en cuenta que se trata de un experto que ha actuado en Marruecos durante quince años; tanto mandando tropas como en calidad de escritor africanista laborando sobre el terreno; y después ha proseguido su doble de-

(1) GERASSI, JOHN: *El gran miedo de América Latina*. Ediciones Península, Barcelona, 1970, p. 37.



dicación militar y literaria en puestos técnicos peninsulares. Su libro obtuvo el premio «Africa» de Literatura en 1970.

Respecto al conjunto de los temas expuestos, Luis Sáez de Govantes recuerda que sobre el africanismo español se ha publicado mucho y que han abundado los hombres prestigiosos que han aportado datos y han enriquecido la ideología sobre la cuestión. Sin duda la bibliografía africanista española es muy extensa. Tampoco se trata de hacer una glosa o una relación que sería excesiva y reiterativa. La obra de Luis Sáez de Govantes trata de mostrar las directrices capitales que explican cómo el africanismo español ha sido y sigue siendo una labor, un espíritu y un estilo.

El conjunto de las materias y de los capítulos se distribuye en tres partes; que respectivamente se refieren a la vocación africana, la colonización española y el africanismo cultural. Todo ello desemboca en unos conceptos actuales sobre la Hispanidad africana puesta al día.

Al margen de esta línea central que va desarrollando los aspectos españoles, el referido libro (para encajar mejor los perfiles de las transformaciones generales africanas) trata también de los fenómenos de la colonización y la descolonización, así como de los efectos de las independencias y el panorama actual del continente meridional con sus aspiraciones y sus peligros.

El enlace entre lo hispano y lo mundial se pone especialmente de relieve al referirse al panorama total de los estilos y los acontecimientos de las colonizaciones. Se recuerda que las características de los diversos sistemas coloniales se derivan de los objetivos que marcaron sus fundadores. Así, en los comienzos, el imperio portugués, descubriendo caminos en la ruta de las especias se ocupaba por establecer factorías litorales. Mucho después los imperios coloniales británicos, francés y holandés nacieron bajo los signos del mercantilismo y las anexiones territoriales. Fueron colonialismos basados en la división de las poblaciones colonizadas en dos grupos: o sea el del extranjero dominador y el del nativo dominado. Pero España (sobre todo en América, y luego en Asia del Sudeste) aunque combinó tres tareas: la misionera, la busca de riquezas y la emigración, siempre se esforzó por crear unas estructuras permanentes fundiendo igualmente a las tierras y a los hombres.

En cuanto a las actuaciones de lo nacional español moderno, cuando ya en pleno siglo xx, se ejercieron dobles acciones de protectorado o de soberanía en zonas de Marruecos y del golfo de Guinea, se destaca que sobre todo fueron recuperaciones de los sentimientos de un interés primordial; hacia un mundo que prolonga naturalmente a España por el Sur. Un mundo del cual España se desvió casualmente; tanto por los inesperados descubrimientos americanos, como por las guerras europeas de Fernando el Católico y Carlos V. América y el núcleo central de Europa occidental, absorbieron entonces todos los esfuerzos y todos los recursos. Pero Africa «había sido vista antes» (según gráfica frase de Sáez de Govantes). Las actuaciones modernas de España en Marruecos, Sahara y Guinea han sido partes de una nueva toma de conciencia, de una antigua primacía. Aunque la ocasión de dichas actuaciones llegó demasiado tarde; es decir, cuando una España mundialmente disminuida tuvo que supeditarse a las influencias y presiones de las mayores potencias.

Sin embargo, dentro de lo reducido y lo modesto de los territorios que España tuteló y dirigió en el Magreb contiguo o en las zonas tropicales lejanas, el acento principal se puso en estimular sinceramente las promociones humanas. El referido libro recuerda que se trataba de «dignificar al marroquí, al saharauí y al negro ecuatorial... impulsando su cultura con medios de vida normales, con elementos de progreso». Todo ello procedió de un origen de espiritualidad esencial por la cual «España cuando se acordó de Africa fue allá con buena voluntad; con fe e ilusión para que sus pueblos adquiriesen perso-

## RECENSIONES

nalidad histórica, o la recobrasen (en el caso de Marruecos)». En realidad España practicó su estilo humano y sincero de siempre con una completa continuidad de procedimientos e intenciones.

Sobre esto, un sector muy importante de la exposición de temas que contiene el libro *El africanismo español* es el de mostrar y demostrar la constante continuidad y enlace entre las diversas generaciones y promociones de los llamados africanistas, que en España se han ido sucediendo y continúan renovándose desde 1883 hasta 1970. Primero los fundadores de la Sociedad Española de Africanistas, cuyo primer acto público fue el famoso mitin del teatro de la Alhambra. Los oradores de aquel acto fueron los principales teorizantes con Joaquín Costa a la cabeza. En un sector aparte destacaron los exploradores, como el gran Iradier, o como D. Almonte, Bonelli, Montes de Oca, etc. Luego los de comienzos del siglo xx con los eruditos como los P. P. Lerchundi y Castellanos, Codera, Ribera, Almagro Cárdenas; y los africanistas de actuación múltiple como Reparaz. Los tiempos del protectorado marroquí y la acción completa guineana, donde hubo muchos nombres como los de Arques, García Figueras, Martínez de la Escalera, Hernández Pacheco, Cordero Torres, Julio Cola, Díaz de Villegas, Cajigas, Morales Oliver, etc. ... Y todo ello prosigue hoy con la aportación de otros nombres nuevos que van asegurando una asombrosa y evidente continuidad.

En cuanto al presente más fugaz y el futuro más inmediato, en el libro de Sáez de Govantes presenta un interés especial el capítulo titulado «Nuestro 98 africano y la ONU». En él se tratan las líneas fundamentales del panorama de los resultados de los contactos y los efectos del destino de los sectores de acciones hispano-africanas, con la Organización de las Naciones Unidas. Pero quedan en pie los valores permanentes que fueron anteriores a las circunstancias temporales. Ante Marruecos, el de la identidad de las tierras y los hombres a ambos lados del Estrecho. Ante Guinea Ecuatorial el recuerdo de una amplia actuación civilizadora. En todas partes permanecen también las obras de creación noble y generosa.

El libro de Luis Sáez de Govantes recalca que si España no ha sacado ningún provecho en su acción africana reciente, también puede decirse que «esta es la verdad de España». De todos modos Africa ha sido, es y será siempre para España una misión. Recuperar ese sentido de misión fue uno de los objetivos más importantes de los años recientes, porque se apoyaba en valores permanentes.

RODOLFO GIL BENUMEYA